

La ira se dobla y el rencor aumenta,  
Como doblando van las amarguras  
Del justo, en los verdugos carniceros,  
¡Espanto de los siglos venideros!

Así tal vez la fiera tigre hircana  
Que fuerte acosa el cazador ardido,  
Cobarde lucha, y por huir se afana  
Al antro oscuro dó hasta allí ha vivido  
Mas si mira teñida en roja grana  
De su contrario el pecho, hondo rugido  
Exhala de placer, y su ardimiento  
Redobra al par de su furor sangriento.

Hundieron en su frente una corona  
De duras y agudísimas espinas,  
Y la sangre brotando se amontona  
Sobre las sienes del Señor divinas:  
Un pedazo de caña le pregona  
Por rey, y rotas fajas purpurinas,  
Harapos en el suelo abandonados,  
Cual manto régio danle los soldados.

Y haciendo mil burlescas contorsiones  
Entre mofas y risas le saludan,  
Mientras que los satánicos sayones  
Cansados de azotarle se remudan:  
Mas las bellas, purísimas facciones  
Ni al sarcasmo ni al golpe se demudan,  
Y al mirárlas sonríe tristemente,  
Compadeciendo su furor demente.

La saña á desarmar y el odio fiero  
De aquella encarnizada muchedumbre,  
En vano el pacientísimo cordero  
Opone su piedad y mansedumbre:  
Él, que bajó á librar al mundo entero  
De la mas ominosa servidumbre,  
Ora se ve azotado, escarnecido  
Del pueblo que en su amor ha preferido.

## II.

El odio ya saciado  
Del escriba y del torpe fariseo,  
Cuando bastante juzgan degradado  
Al inmortal profeta galileo,  
Ante la masa estúpida  
Del pueblo, á consumir el sacrificio  
Vuelan, que llega el sábado,  
Y retardar no quieren su suplicio.

Con la terrible carga  
De una pesada cruz los flacos hombros  
Agobian de Jesús: — penosa y larga  
Y llena de ruinas y de escombros,

Es del calvario lúgubre  
La triste, fonestísima carrera;  
Mas viendo que la víctima  
Vacila, su rencor mas se exaspera:

Y con el asta dura  
De las cobardes lanzas le atropellan,  
Y si cae el lastimado por ventura,  
Sin piedad le maltratan y le huellan  
Turba feroz, sacrílega  
De execrables verdugos que se ensañan  
Contra del Justo, y réprobos  
En sangre de su Dios torpes se bañan.

Como en noche callada  
Llega acaso confusa á nuestro oído,  
La voz de la tormenta desatada  
Que sopla sobre el mar embravecido;  
Y con el susto trémulos,  
Aunque remotos del horrendo amago,  
Dudamos si es mas próximo,  
Y en tierra ó viento ó mar el fiero estrago

Así en la muchedumbre  
Que en calles, plazas, techos, miradores,  
De la ciudad á la maldita cumbre,  
Se ve de mil y mil espectadores:  
En rudos sonos mézclanse  
Anatemas y gritos de alegría,  
Cantos de triunfo lúgubres  
Y ayes de compasion y de agonía.

Allí van confundidos  
Con los que de sus males ha sanado,  
Los que en su contra están enfurecidos;  
El aborrecedor junto al amado:  
Empero, son estériles  
De amor y de piedad las emociones,  
Calladas son las lágrimas,  
Ruidosas las impías maldiciones.

Cobarde le ha negado  
Aquel ingrato apóstol mas querido;  
Uno solo de entre ellos ha quedado,  
Los demas todos juntos han huido;  
No hay una voz intrépida  
Que acuse la impostura y la malicia,  
¡Ni un corazón magnánimo  
Que clame contra el odio y la injusticia!

Y por la prolongada  
Calle, que á la ominosa puerta guía  
Judiciaria, en mal hora así llamada,  
Sigue la plebe indómica y bravía:  
Y en medio el justo, cárdeno  
El rostro, y el mirar desfallecido,  
Sigue con planta trémula  
A la cumbre del monte maldecido.

Dando un gemido fúnebre  
Del fondo de su alma desgarrada,  
¡Cayó la madre mísera  
Sobre las duras losas desmayada!

Y un jóven galileo  
De bello rostro y de mirar sombrío,  
Y una jóven muger, del suelo hebreo  
Fragante flor; por medio del gentío  
Cruzan con paso rápido  
Hasta dó está la Virgen dolorida,  
Y con amor solícito  
Le vuelven á la vez, dolor y vida.

Son Juan y Magdalena,  
De Jesús los discípulos amados,  
Que á arrancar á Miriam de aquella escena  
En su indecible amor van adunados.  
Mas su amorosa súplica  
No oye la Madre, y bajo un sol ardiente,  
Del ominoso Gólgota  
Prosigue por la rápida pendiente.

Ya tocan aquel suelo  
Que está por altos juicios destinado  
La muerte á presenciar del Dios del cielo,  
Para aplacar al mismo Dios airado.  
Al ara ya la víctima  
Se acerca del mas grande sacrificio,  
¡Y tierra y cielo atónitos  
Se preparan al hórrido suplicio!

## MARIA AL PIÉ DE LA CRUZ.

## III.

Allí la homicida turba  
Como una sierpe gigante  
Sobre sí misma furiosa  
Se arremolina, y combate  
Por contemplar del profeta  
El suplicio miserable.  
¿Y dó está Miriam entonces?  
— ¡Pobre Madre!

Arrastrar vió al inocente  
En medio á dos criminales:  
Mira tres cruces tendidas  
Sobre la tierra culpable,  
Y hombres de rostros crueles  
Que abren los hoyos fatales;  
— ¿Mas dónde está el hijo suyo?  
— ¡Pobre Madre!

Y hé aquí, que una matrona  
A la mitad de la fatal carrera,  
Por dó mas el gentío se amontona  
Penetró: su mirada lastimera  
No las amargas lágrimas  
Empañan del dolor; de tal quebranto  
En los tormentos hórridos,  
¡Poca es la voz, insuficiente el llanto!

Y mientras dolorida,  
Como un sepulcro helada y silenciosa,  
Se va acercando á aquel á quien dió vida,  
Tus mugeres, Salen, en vez piadosa  
Bajo sus velos cándidos:  
«¡POBRE MADRE!» entre lloros exclamaban,  
Mientras las haces turbidas  
Del pueblo, libre el paso le dejaban.

Mas los crudos guerreros  
Que al hijo de su amor torvos circundan,  
Aquellos despiadados extranjeros,  
Que en la crueldad su orgullo innoble fun-  
Ya de las lanzas férreas [dan;  
Con las terribles puntas la rechazan  
Y con insultos bárbaros  
Y palabras de muerte la amenazan.

Entónces de sus ojos  
Con el pesar intenso amortecidos,  
Y del llanto anterior, hinchados, rojos;  
Rayos de luz brotaron, despedidos  
Como vivos relámpagos,  
Ante los cuales cejan los soldados,  
A los fulgores vívidos,  
Si no compadecidos, subyugados.

Libre el paso, MARÍA,  
A Jesús dirigió la incierta planta,  
Y al contemplar su angustia y su agonía,  
De no morir la mísera se espanta.  
Sudor á mares, gélido  
Brota copioso de la angusta frente  
Al horrendo espectáculo  
Del suplicio de un Dios omnipotente.

Mas ni un solo gemido,  
Ni una lágrima sola, los dolores  
Del corazón revelan, dolorido,  
De la que es manantial de los amores.  
Jesús, en tanto, mírala  
A dos pasos de sí, y en blando acento:  
«¡Madre!» su voz exánime [viento.  
Clamó y «¡Madre!» repiten tierra y

Y al cariñoso nombre  
Que tanto amor y gozo tanto encierra  
Al combatido corazón del hombre  
En su paso fugaz sobre la tierra;

Al fin pareció; ¡ mas cielo !  
¡ Qué vista tan lamentable !  
— ¡ Sin un harapo siquiera  
Sobre sus desnudas carnes,  
De cuyas hondas heridas  
Brotó á torrentes la sangre !  
¡ El tan honesto y tan puro !  
— ¡ Pobre Madre !

Mas los feroces verdugos  
Con ciega furia arrastrándole  
De la cumbre maldecida  
Al sitio mas culminante,  
Espusieronle á la mofa  
De aquella turba salvaje.  
¡ Qué horrendo cuadro á la vista  
De una Madre !

Tienden al Justo en seguida  
Sobre la cruz infamante,  
Lecho de honor que los hombres  
De su amor en premio danle :  
¡ O ingratitud ! ¡ ó demencia !  
¡ O ceguera lamentable !  
¿ Dónde está entonces MARÍA ?  
— ¡ Pobre Madre !

A una cercana caverna  
Magdalena y Juan amantes  
La arrastran : — sordo murmullo  
Tal cual la voz de los mares,  
Ó de borrascas remotas  
Al rebramar semejante,  
¡ Llega tremendo al oído  
De la Madre !

De vez en cuando confusos  
Elevábanse en los aires  
Rechiflas y maldiciones,  
Risotadas espantables  
Y denuestos furibundos  
De aquel pueblo de chacales...  
¡ Y la infelice los oye !  
— ¡ Pobre Madre !

Mas un silencio profundo  
Reina por breves instantes :  
¿ Acaso le compadecen ?  
¿ Ó alguna nueva barbarie  
De la feroz muchedumbre  
Calma el furor anhelante ?  
— ¡ Piedad del tigre no esperes,  
Pobre Madre !

Pronto el silencio rompiendo,  
Como de golpe que cae  
A un tiempo sobre maderas  
Y despedazadas carnes,

Oyese un sordo ruido  
Allá en la cumbre distante,  
Y otro despues, y otro luego :  
— ¡ Pobre Madre !

Y al rumor siniestro, pálida  
Cual la azucena del valle,  
Tiembla Miriam convulsiva,  
Como si agudos clavasen  
En su pecho los sayones  
Sus damasquinos puñales.  
¡ Y vive empero y escucha !  
— ¡ Pobre Madre !

¡ Jamás confesor alguno,  
Jamás valeroso mártir,  
En fiero potro estendidos  
Sufrieron tormentos tales !  
¡ Y empero de sus dolores  
Aun vá el suplicio á aumentarse !  
¡ Flaca muger, infelice !  
— ¡ Pobre Madre !

Bien pronto el agudo roce  
De maderas y cordajes  
Se percibe, y lentamente  
Se alza la cruz en los aires ;  
¡ Y en ella al Hijo del hombre  
Cual vencedor estandarte  
Contempla atónito el mundo !  
— ¡ Pobre Madre !

Vuelto al remoto occidente  
El desgarrado semblante,  
Promete á aquellas regiones  
Que por tan largas edades  
Aguardan la luz, fecundos  
Sus generosos raudales.  
¿ Y dó está entonces MARÍA ?  
— ¡ Pobre Madre !

Entonces el réprobo pueblo  
Alzó con voz formidable  
Un prolongado rugido  
De feroce triunfo. — « ¡ Salve,  
Le gritan, rey poderoso !  
Si eres hijo de Dios, ¡ baje  
Tu poder desde esa altura  
Dó ora yace ! »

Y á su izquierda un foragido  
De otra negra cruz colgante,  
De su penosa agonía  
En los postrimeros vales,  
Aun le maldice sañudo ;  
Y él con palabras amantes  
Así esclama : « ¡ Padre mio,  
Perdonadles ! »

Mas el momentáneo asilo  
Deja Miriam, y sin ayes  
Ni lágrimas, ni sollozos,  
Pocos á dolor tan grave ;  
Hácia el lugar del suplicio  
Vá con planta vacilante,  
Como el mármol blanca y fria...  
— ¡ Pobre Madre !

Del ara del sacrificio  
A pocos pasos distantes,  
Los furibundos sayones  
Tigres sedientos de sangre  
La vestidura inconsútil  
Por suerte entre sí reparten.  
Y ella contempla el despojo...  
— ¡ Pobre Madre !

Los turbios ojos desvia  
Del horror insoportable,  
Hácia el cielo, y la mirada  
Del Dios moribundo, cae  
Desgarrando una por una  
Sus entrañas maternales.  
¡ Por fin llegada es la hora !  
— ¡ Pobre Madre !

En los anales del mundo  
El hora mas memorable.  
Vencida en ella es la muerte,  
Vencidos los infernales  
Espíritus, y aun la suma  
Justicia, ¡ aquel satisface  
Sumo holocausto, inaudito,  
De tal sangre !

En tanto, en medio del dia  
Sanguinolentos celajes  
Velan el sol : sobre el mundo  
Caen las tinieblas palpables :  
Las águilas roncos gritos  
Lanzan de horror en los aires,  
Y ahullan sobre la tierra  
Los chacales.

Y del calvario maldito  
El lóbrego paisaje,  
De negro mármol parece  
Un catafalco gigante.  
Reina el silencio del miedo  
En las turbas criminales,  
Y de horror tiemblan unidos  
Tierra y mares.

En tanto no olvida el Justo  
Los que á su amor son leales :  
Y vuelto á Juan y MARÍA  
Con voz de amor inefable :

« Ve en él al hijo que pierdes »  
Dice á Miriam, y al amante  
Discípulo : « ¡ Mira en ella  
A tu Madre ! »

Y luego á mirar cumplidos  
Los proféticos anales  
De las Santas Escrituras,  
« Sed tengo » exclamó : — ¡ en vinagre  
Bañada una grande esponja,  
Dieron el crudo brebaje  
Al que es manantial de vida  
Los infames !

Y gustado ya el veneno,  
Con amoroso semblante  
Clamó : « ¡ Todo está cumplido ! »  
Y lanzando un grito grande,  
Inclinó la sacra frente  
Y espiró. — Tréñulos ayes  
Pueblan el aire confusos...  
— ¡ Pobre Madre !

## IV.

En el supremo, vencedor momento,  
Cuando en sus negros templos escucharon  
Del sumo Dios el postrimer acento,  
Los ídolos inmundos vacilaron :  
Del astro de Moises ya maciente  
Los fugaces fulgores se apagaron,  
Y el sol del Evangelio generoso  
Amaneció radiante y poderoso.

Mas Dios era deudor á los mortales,  
Ejemplo á endurecidos pecadores,  
De enviar al bajo mundo altas señales  
De sus justos terríficos furioses :  
Y apenas las tinieblas sepulcrales  
Que envolvían al mundo en sus horrores  
Comienzan á aclarar, su voz severa  
Estremeció la creación entera.

Y del sol al fulgor sanguinolento,  
Digna luz á tan hórridas maldades,  
Sucedió un terremoto turbulento  
Que en Asia derribó veinte ciudades (1)  
Con insólita furia silba el viento,  
Braman con ronca voz las tempestades,  
Y el velo del santuario enaltecido  
Miró atónito el pueblo en dos partido.

Y rotas en pedazos las cubiertas  
Que las marmóreas tumbas revestían,

(1) Plinio y Estrabon hablan de este terremoto cuyos sacudimientos se sintieron hasta en Italia.

Se lanzan de sus cárceles abiertas  
Los que en el sueño del Señor dormían :  
Y en tus calles, Sion, cuasi desiertas,  
Espanto á los vivientes infundian  
Los cadáveres vivos aun fajados,  
Del reino del horror resucitados.

Entre los gritos de cobarde espanto  
Que resuenan allá en la negra cumbre,  
Se oye la voz de arrepentido llanto  
Por sobre la revuelta muchedumbre ;  
Mientras oculta en los pliegues de su manto,  
Imágen del dolor y mansedumbre,  
Insensible al tumulto y gritería  
Inmóvil y de pié se alza MARÍA.

Y la mudable plebe contemplando  
En redor los insólitos portentos  
« ¡ Este era hijo de Dios ! » iba clamando  
Como á su hogar volvía á pasos lentos ;  
Y las mugeres de Sion, llorando  
Entre tristes sollozos y lamentos :  
« ¡ Misera Madre ! » en su aflicción decían,  
Y los ecos sus voces repetían.

## CONCLUSION.

### I.

La calma renacía  
Poco á poco en el orbe conturbado,  
Y del pueblo malvado  
En el precito corazón, volvía  
El fuego á renacer casi apagado  
De su torpe valor : tal carnicero  
Tigre que en los hircanos arenales  
Fué terror de mastines y zagales  
Tiembla ante el domador como un cordero,  
Mas si trémulo acaso ve primero,  
Á aquel que empuña la candente barra,  
El instinto feroz recobra luego  
Y ceba en el cuitado de ira ciego,  
El diente agudo y la cortante garra.

Crüel cuanto cobarde  
El pueblo deícida, al ver la guerra  
Calmada ya en los cielos y la tierra,  
Iba de nuevo brio haciendo alarde,  
Y al Redentor divino denostaba  
Y con torpe maldad le calumniaba.

Mas, como el gran profeta galileo  
Nunciado había al rudo pueblo hebreo,  
Que en el tercero día victorioso  
Á la vida y al mundo tornaría  
Del reino de la muerte tenebroso,  
Una falange armada  
Del sumo sacerdote allí mandada  
En su soberbia impía,  
Velaba en redor de aquella tumba  
Salud y redención del Universo ;  
Que temía aquel príncipe perverso,  
Maestro en la traición y en la impostura,  
Que en las tinieblas de la noche oscura  
El cuerpo de Jesus arrebatara  
Los suyos, y á otra tierra lo llevaran.

Ya del tercero día  
La aurora el rubio Oriente coloraba :  
Jerusalén dormía  
Bajo un manto de nieblas que ocultaba  
Su deícida faz al matutino  
Sol, que el vasto confin circunvecino  
De fulgor y de júbilo inundaba,  
Entreabrían las flores  
El cáliz matizado de colores  
Al húmedo rocío ;  
Entre el ramaje umbrío  
De la higuera silvestre, sus amores  
Cantaban los harpados ruiseñores ;  
Y nunca en aquella árida comarca  
Que de Betania hasta Sion abarca,  
Ejemplo de tristísima aspereza,  
Mostró naturaleza  
Tan delicioso encanto,  
Tanta hermosura, ni contento tanto.

Mas de pronto en la cumbre aparecieron  
De las cercanas lomas  
Cual banda fugitiva de palomas,  
Unas cuantas mugeres, que torcieron  
El paso hácia el jardín donde se hallaba  
El sepulcro de Cristo : descollaba  
Entre el grupo indefenso una matrona,  
Cuyo pálido rostro, que pregona  
Mas que humano dolor, resplandecía  
Con mas fúlgida luz que la del día :  
Y mientras al sepulcro caminaba  
Á una hermosa ruina semejava  
Que al impulso violento  
Del huracán ajada turbulento,  
En la altanera faz del rayo herida  
Aun muestra su belleza enaltecida.

Las otras, que á su lado presurosas  
Caminan, de sustancias aromosas  
Y gomas delicadas  
A embalsamar el cuerpo preparadas,  
Cargadas van, y á su dolor se mira

Que dá alguna templanza  
La animadora voz de la esperanza.

Mas súbito en la calma que respira  
La dormida región, un trueno ronco  
Como de gran temblor los aires hiende :  
La losa del sepulcro se desprende  
Como impelida de robusto brazo,  
Y al rudo estruendo, bronco,  
Los guardias semimuertos de pavora  
Unos sobre otros ruedan al ribazo  
Los rostros contra el suelo,  
En redor de la eterna sepultura.  
Y las santas mugeres, cuyo celo  
Y acrisolado amor no abandonara  
Á Jesus, ni aun al mismo pié del ara,  
Retroceden ahora temblorosas,  
Temiendo repetidas  
Ver aquellas escenas espantosas  
Nunca en el bajo mundo sucedidas,  
Que acompañaron el postrer momento  
Del Sumo Emperador del firmamento.

Pero un ángel divino  
Cuya inmortal, flotante vestidura,  
Escedía en blancura  
Á la nieve que el ábrego amontona  
En la cumbre, del Libano corona,  
Al sol iluminada matutino :  
Sentado del sepulcro en la ancha losa,  
Con voz cuanto benigna, cariñosa,  
Á las santas mugeres animaba  
Y á penetrar en él las convidaba.  
« No temais, les decía :  
Sé que buscais al hijo de María  
Que fué crucificado ;  
Mas aquí ya no está : como lo había  
Dicho ha resucitado  
Al alba pura del tercero día :  
¡ Legad, y ver podeis donde pusieron  
Al Señor, los que aquí le condujeron. »  
Y las santas mugeres se acercaron,  
Y en el sepulcro entraron,  
Y las fajas de mirra perfumadas  
Y el sudario vacío, penetradas  
De pasmo y alegría contemplaron.

Mientras Miriam sentada en el nudoso  
Tronco de un viejo olivo que se alzaba  
No muy lejos de allí, su rostro hermoso  
De admiración radiante y alegría,  
Con un jóven del pueblo conversaba  
En voz que apenas el aire percibía.  
Aquel que el tosco traje revestia  
De un pobre labrador, era el eterno  
Triunfador del pecado y del infierno :  
¡ El redentor, que al mundo

Un instante volvía  
Desde el fondo del bátrito profundo !  
— Miriam en sus entrañas maternas  
Probó entónces tal suma  
De júbilo y placeres celestiales,  
Que describirlo no es de humana pluma,  
Ni contarle de lenguas terrenales ;  
Ni pudieran los míseros mortales  
Sentirlo ni aun en parte reducida  
Sin perder con el júbilo la vida.

Cuando cuarenta soles trascurrieron,  
Salió Jesus de la ciudad, seguido  
De aquellos que en su amor ha preferido ;  
Y juntos dirigieron  
Sus pasos de Betania á las alturas ;  
Allí de dó descubren las llanuras  
De Jericó, y las aguas estancadas  
Del Muerto mar, y las corrientes puras  
Del Jordan apacible, sus pisadas  
Detuvo la piadosa comitiva.  
Y allí por vez postrera  
La fuente de agua viva  
Á raudales brotó libre y fecunda,  
La creación entera  
Á rescatar de servidumbre fiera,  
De aquel que en el error su imperio funda.

## LA ASCENSION

### II.

Las últimas miradas  
Fijas aun en los que atrás se deja,  
Las manos levantadas,  
Bendice y aconseja  
La amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento  
Como se vá en los aires elevando,  
Suavísimo concerto  
Del cielo fué bajando,  
Montañas y llanuras alegrando.

Sobre intranquilas nubes  
Se ciernen por millares de millares  
Los fúlgidos querubines ;  
Y las tierras y mares  
Atónitas escuchan sus cantares.

Cesa el sordo mugido  
Del mar : callan los vientos bramadores,  
Y el céfiro dormido  
Se oculta entre las flores  
Fijas sobre sus tallos cimbradores ;

Y hombre, ni bruto, ni ave,  
Hubo alguno que osado interrumpiera  
Aquel silencio grave;  
Y hasta en la azul esfera  
Detuvieron los astros su carrera.

Que en calma religiosa  
La creacion asiste conmovida  
Á la ascension gloriosa;  
Y un instante la vida  
Quedó en el universo interrumpida.

En tanto que en la cumbre  
Sigue del Redentor el blando vuelo  
La santa muchedumbre  
Con amoroso anhelo;  
Que van con él su paz y su consuelo.

Y aun á sus ojos brilla  
El suave fulgor de su semblante,  
Cuando una nubecilla  
Se puso por delante  
Entre ellos y el Divino caminante.

¡O venturosa nube,  
Trono en el cual á su feliz morada  
El Rey del cielo sube!  
¡O tierra malhadada  
De tan sumo tesoro despojada!

¿Qué habrá en el triste suelo  
De hoy mas, sino tinieblas y amargura,  
É interminable duelo;  
Si pierde; ó desventura!  
Al que es de todo bien la fuente pura?

¿A dó volver los ojos  
De amarguísimo llanto escandecidos?  
Que no encuentren enojos;  
Si están oscurecidos,  
De la luz celestial desposeidos?

¿Cómo gozar amores  
De aquel inmenso amor abandonados?  
¿Ni cómo los furoros  
Burlar de crudos hados,  
De tinieblas y sustos circundados?

Mas no; que el Sér divino  
En prenda nos dejó de eterna alianza,  
¡Un faro diamantino  
Que alumbraba en lontananza  
La límpida region de la esperanza!

La fé imperecedera,  
Claro destello de la eterna lumbre,  
Que en la mortal carrera,

De nuestra servidumbre  
Aminora la horrible pesadumbre.

Puerto de grata calma  
En medio á las borrascas de la vida;  
Suma virtud del alma  
Jamás enflaquecida  
Aun del báratro mismo combatida

Hija en fin, predilecta,  
Del supremo Señor de lo creado;  
Tan pura y tan perfecta  
Que el arcángel malvado  
Aun la guarda en el reino del pecado!

### MARÍA EN EFESO.

#### III.

En el negro horizonte  
Del Gólgota de sangre enrojecido,  
Miro el *Sol de justicia*, oscurecido;  
Mas sobre el hondo valle y alto monte  
Con mas benigna llama,  
Luz y grato calor al par derrama  
La *Estrella de los mares*,  
Del gran rescatador en los altares.

Mas no vibra amorosa  
Sus rayos puros en la patria amada;  
En tierra de Sion muy apartada  
Con la de *Magdalum* jóven hermosa,  
Y Juan, el preferido,  
Que al destierro á las dos ha conducido,  
Vive, esperando el día  
De á la mansion volar de la alegría.

En Efeso, altanera  
Se refugio Miriam, del odio insano  
Por escapar del opresor romano,  
Que con soberbia impía y saña fiera  
Persigue á los que oyeron  
La voz del Salvador y la siguieron,  
De los dioses mentidos  
Los altares dejando maldecidos.

Y en el destierro llora  
La tierra del Señor santificada,  
Por Juan y Magdalena acompañada,  
MARÍA, de los ángeles señora;  
Empero el sumo instante  
Se acerca, en que ya libre el alma amante  
De sustos y dolores,  
Vuele hácia la region de los amores.

#### IV.

En la ribera undosa  
Del bello mar Icario,  
Del astro vespertino  
Al moribundo rayo,  
Ocultas en la sombra  
Al pié de algun peñasco,  
Se miran dos mugeres  
Cubiertas con sus mantos.  
Miriam y Magdalena  
Son, que los lares pátrios  
Recuerdan afligidas,  
En el confin extraño.  
Y Efeso en vano ostenta  
Sus torres y palacios,  
Sus plácidos jardines,  
Sus muros almenados,  
Sus límpidos arroyos  
Y sus feraces campos;  
Y en vano, en régia pompa,  
Los montes y los llanos  
Se cubren de aureas mieses,  
Pastores y rebaños:  
Lamentan ¡ay! las tristes,  
Del caro suelo pátrio  
Las abrasadas lomas,  
Los ásperos collados;  
¡Que el alma nunca olvida  
Del pobre desterrado,  
Aquel hogar paterno  
Dó efímeros pasaron  
Sin penas ni zozobras  
Sus infantiles años!

¿Qué son las linfas puras  
Del arroyuelo claro,  
Ni el céfiro apacible  
Que alienta sobre el prado,  
Ni el poderoso muro,  
Ni el opulento fausto,  
Ni en fin los bienes todos  
Del suelo hospitalario?  
— Allí, nada recuerda  
Del Redentor los pasos;  
Ni mármoles piadosos  
Conservan encerrados  
Allí de sus mayores  
Los restos venerados.  
Por esto en las orillas  
Del piélago salado  
Tal vez siguen sus ojos  
Algun velero barco,  
Que en rumbo el mar divide  
Hácia los lares pátrios.  
Y acaso entre sollozos  
Bañadas en su llanto,  
Recuerdan la alta cumbre

Del Libano argentado,  
Las encrespadas olas  
Del turbulento lago  
De Tiberiades, donde  
Jesus con firme paso,  
En medio á la tormenta,  
Al barquichuelo náufrago  
Llegó, dó sus amigos  
Lloraban angustiados  
En la borrasca impía  
Viendo su fin cercano;  
Ó del feliz Carmelo  
Los picos azulados,  
Que acaso se confunden  
Con el etéreo espacio.  
Y brota de sus ojos  
Amargo y crudo llanto,  
Miéntras el rumbo siguen  
De algun velero barco  
Que en medio al remolino  
Del piélago salado,  
Navega majestuoso  
Hácia los lares pátrios.

#### V.

Mas luego de la vida  
Volvia la celeste desterrada  
Á la afanosa realidad; y unida  
A la de *Magdalum*, jóven amada,  
Llevaba ardiendo en amoroso anhelo  
El bálsamo divino del consuelo  
Del mendigo á la choza derruida;  
Á la infeliz guarida  
Del leproso á la vista repugnante,  
Como madre solícita, anhelante,  
Que en el seno materno al hijo carc  
Guarda siempre amoroso y firme amparo.

Y al desvalido huérfano acorria,  
Y á la llorosa viuda consolaba;  
Y pobre de tesoros terrenales  
Con los menesterosos compartía  
Los bienes celestiales  
Que en su gran corazon atesoraba.

Y con las santas leyes nunca escritas  
De la alma compasion, cuando su pecho  
Cumplido habia, al templo dó el cristiano  
De contricion en lágrimas deshecho,  
Á aquel de soberanos soberano  
Sus preces elevaba,  
Con Magdalena y Juan se encaminaba.

Y su divino labio allí á torrentes  
De la fé las verdades elocuentes  
Copioso derramaba

Sobre los fieles á su voz unidos,  
Que escuchaban de gozo enardecidos  
De su divino acento  
El fecundo y piadoso enseñamiento.

Jamás aquella ley hija del cielo  
Cuya base mas firme y mas segura  
Es el divino amor, tuvo en el suelo  
Tan elocuente esplicacion : la impura  
Doctrina del pagano, combatida  
Por la palabra de virtud y vida ;  
De su anterior prestigio despojada  
Lidiaba aún, feroz, desesperada,  
En sus ciegos furoros,  
Moribunda en verdad mas no vencida.

Aun surgen los altares  
De los nefandos númenes traidores  
Coronados de ofrendas y de flores :  
Millares de millares  
De hombres ilusos al error uncidos  
Y en el mar del pecado sumergidos,  
Lidian por el error : la sangre humea  
De torpes sacrificios, en las aras  
De Moloc y Belial, cuando aun el viento  
De la mañana orea  
Allá del negro Gólgota en la cumbre  
La sangre del Señor, y monte y llano  
Aún repiten su acento soberano,  
¡Tibios aún de su divino aliento !

El robusto cimientó  
De esclavitud y torpe tiranía,  
Donde estaba sentada  
La majestad de Roma, ya cedia  
No al empuje violento  
De la bárbara plebe amotinada ;  
Ni á la indomable y brusca acometida  
Del esclavo que rompe su cadena :  
En la sangrienta arena  
En vano fuertes Catilina y Graco  
Por la alma libertad honor y vida  
Espusieron, y en raptó generoso  
Su noble sangre derramó Espartaco :  
— La religion caduca ya vencida  
Del negro paganismo,  
Arrastraba el imperio al hondo abismo  
Desde la altiva cumbre.

La ciega muchedumbre,  
Esclava del horrendo soberano  
Del reino del dolor y la amargura,  
Ardiendo en saña impura  
A combatir se apresta frente á frente  
La palabra de un Dios omnipotente :  
Sus fuertes escuadrones,  
Sus verdugos prepara y sus leones :  
Mas, ¿qué son los tormentos,

Qué el número infinito de soldados,  
De los fieles de Cristo denodados  
Contra los indomables corazones?  
No á la lid turbulentos  
Ardiendo en torpe cólera se lanzan,  
Oponen al furor la mansedumbre  
Del divino cordero ;  
La blanda persuasion al crudo acero ;  
Y acaso el triunfo alcanzan  
Aun só el yugo de férrea servidumbre,  
Oponiendo al rencor de su tirano  
El amor y paciencia del cristiano.

Miriam fué la columna luminosa  
Que en la borrasca impía  
De la noche del mal caliginosa,  
Fué á la naciente Iglesia claro guía :  
Cual madre cariñosa  
A los sencillos neófitos mostraba  
La eternidad y la esclencia suma  
De la ley que su labio predicaba.  
Y nunca humana pluma,  
Ni humana voz, ni entendimiento humano,  
Ni aun de los mismos hombres que vivieron  
Al lado de Jesus, y de él oyeron  
Su celeste doctrina ;  
Ni el indecible encanto soberano,  
Ni la dulzura y persuasion tuvieron  
De aquella voz divina.  
Las profundas tinieblas que ofuscaban  
Aquellas mentes rústicas, cual nieve  
Acumulada en el invierno frío  
Que derriten los fuegos del estío,  
Á la voz de Miriam se disipaban.

Así al ruido de su planta leve  
Los congregados fieles prorrumpían  
En himnos de placer : el crudo lloro  
Cesaba entónces, y en alegre coro  
Con unánime voz la bendecían.

## VII.

Pero ya la fructífera simiente  
De aquel divino sembrador crecía,  
Á pesar de las recias tempestades  
Que del bárato horrendo la malicia  
Contra ella suscitó por mar y tierra,  
Con suma esplendidez y lozanía.  
La refulgente luz del Evangelio  
En estensas regiones difundida,  
No habia menester cuidado alguno  
Para acrecer su llama siempre viva,  
Y la reina del cielo, fatigada  
De esta mansion de llanto y agonía,  
Volvió los ojos hácia aquellos campos  
De perdurable amor y eterna vida

De todos cuantos lazos amorosos  
Á este destierro de dolor la unian  
Solo quedaba Juan : ya Magdalena,  
Compañera leal y tierna amiga,  
Volado habia á la mansion celeste,  
En el llanto dejándola sumida ;  
Como una flor que al postrimero rayo  
Del sol en cuya luz su sér bebía,  
Cierra el rosado caliz lentamente  
Y sobre el leve tallo cae marchita :  
Desde la muerte de Jesus, la jóven  
Privada de la fuente de agua viva  
En cuyas puras ondas mitigaba  
Su abrasadora sed ; las purpurinas  
Rosas de su semblante, que á las flores  
Del plácido vergel dieran envidia,  
Perdió. — Jamás sus amorosos labios  
Volvieron á dar paso á una sonrisa ;  
Y poco á poco, sin dolor ni susto  
Ni esfuerzo, fué apagándose su vida,  
Como en las ramas de la selva umbrosa  
La brisa de la tarde blanda espira.

Mas ántes de partirse á los eternos  
Lares, aun visitar quiso María  
Los santos sitios dó la inmensa obra  
De nuestra redencion se vió cumplida ;  
Y el deseo de su alma conociendo  
El amado y amante evangelista,  
Con ella se embarcó en velera nao  
Que enderezaba el rumbo á Palestina.

Serena está la mar : sobre sus olas  
Que las nocturnas auras leves rizan,  
Rápida voga la feliz galera  
De su carga inmortal envanecida.  
Ya divide orgullosa aquellos mares  
De plata y de zafir que las divinas  
Regiones bañan, fortunada cuna  
Del arte y de la egregia poesía.  
Surge *Chio* del piélago espumoso,  
Cual de un arroyo en la argentada linfa  
Levanta acaso el cisne su alba frente  
Que á los rayos del sol fulgida brilla ;  
Y cuando aun, al fin del horizonte  
Se ve como una vaporosa cinta,  
*Lesbos*, la pátria del sublime Alfeo  
Y de *Safo* la amante poetisa,  
En medio de las ondas se levanta,  
Cual Venus bella, como Juno altiva.  
Después, la pátria de *Esculapio* surge,  
La noble *Delos* ; *Rodas*, la divina,  
Y *Chipre*, paraíso del deleite  
Dó fué la religion torpe lascivia.  
Y en breve, vacilando en el espacio,  
Como tal vez el águila atrevida  
Cuando cerca del sol se cierne, vióse  
Un punto negro en la region vacía :

Era el pico final de la montaña  
Dó levantó un profeta en otros dias  
Altares á Miriam y le dió culto ;  
Al través de las lóbregas neblinas  
De lo futuro, alegre contemplando  
Á la Estrella del mar enaltecida.  
Y el viaje prosiguiendo, á la alborada  
Serena y pura del siguiente dia,  
Á vela y remo entró la leve nao  
En uno de los puertos de la Siria.

## MUERTE DE MARIA.

## VII.

Era la noche : — en una vasta pieza  
De la augusta mansion que viera un dia  
Raudó bajar desde la suma alteza  
El fuego de inmortal sabiduría :  
Esplendente de luz y de belleza  
Como en su verde edad, se ve á María,  
La escelsa esposa del Señor amada,  
Sobre un modesto lecho reclinada.

En derredor se agrupan silenciosos,  
En grande multitud, de la divina  
Ley, los mantenedores valerosos  
Que ora el dolor mas improbo domina :  
Allí oscuros aún los que animosos,  
Su sangre verterán por la doctrina  
Del Cristo, aguardan el fatal momento  
En que rinda Miriam su último aliento.

Allí Santiago el *justo*, su quebranto  
Entre calladas lágrimas devora ;  
Dá Pedro suelta rienda al crudo llanto  
Que su dolor empero no aminora ;  
Mientras en los pliegues de su griego manto  
Oculto Juan, inconsolable llora,  
Y su dolor exhala en reprimidos  
Ayes, y dolientísimos gemidos.

Y á la cárdena lumbre, vacilante,  
Que en rojizos manojos despedían  
Lámparas que del techo culminante  
Cadenillas de bronce suspedian,  
Y que como la péndola oscilante  
Á compás en lo oscuro se mecían ;  
Mas vasta parecía aquella escena,  
Mas lúgubre el pesar, mayor la pena.

Mas súbito el silencio doloroso  
Que interrumpiera solo algun gemido,  
Rompió un acento vago, melodioso,  
No semejante á terrenal sonido :

A aquel acento dulce, afectuoso,  
Como del seno del Señor nacido,  
Del cisne celestial postrero canto,  
Cesó el dolor, interrumpióse el llanto.

Y ni el plácido arroyo que murmura  
Bajo el ramaje de la selva umbría,  
Ni el ruiseñor que canta en la espesura  
Al espirar del moribundo día;  
Ni el céfiro suave en la verdura  
Del prado, ni la múltiple armonía  
Que en mañana feliz de primavera  
Alza á su rey la creación entera:

Ni el vago són de los tranquilos mares  
Cuando las playas besan adormidos;  
Ni el rumor de domésticos hogares,  
Bienes del corazón los mas queridos,  
Que en fatigas y turbidos azares  
Para siempre juzgábamos perdidos,  
Y en velada aromosa de verano  
Percibimos confuso en lo lejano:

Ni la voz del amor que al anhelante  
Pecho asegura la feliz victoria;  
Ni el clarín de la fama resonante  
Que canta al universo nuestra gloria;  
Ni en medio del desierto al caminante  
Que juzga el fin llegado de su historia,  
El creciente rumor, ya de él cercana  
Que mueve numerosa caravana:

Y ni el mismo cantar que en el altura  
Celestial, la suprema jerarquía  
Entona al Créador, puede en dulzura,  
Ni en amor, ni en suave melodía  
Competir, ni en blandísima ternura,  
Con las postreras voces de María;  
Ni voz alguna en tierra ó mar ó cielo  
Jamás á tal dolor dió tal consuelo.

Háblales de su amor, divina fuente  
Que ha de correr perenne, inagotable,  
Sabroso amparo de la humana gente  
En la vida del cuerpo deleznable:  
Luego, de la bondad omnipotente,  
De la futura vida perdurable,  
Dó cabe á Jehová, los escogidos  
Serán por su virtud enaltecidos.

Y como de una luz la débil llama,  
Mas vivos y fulgentes resplandores  
Al extinguirse en derredor derrama;  
Así la emperatriz de los amores  
Al espirar parece que se inflama  
Aun mas en los espléndidos fulgores  
De aquella eterna, engendradora lumbre  
Que arde del Empíreo en la alta cumbre.

Y esplica á aquellos puros corazones  
Del porvenir remoto los arcanos:  
Caerán aquellas ínclitas legiones  
En que su orgullo fundan los romanos;  
Y á pesar de verdugos y leones,  
Alzarán vencedores los cristianos,  
Signo de redención al orbe entero,  
De Dios el estandarte verdadero.

Y al través de revueltas tempestades  
Y encarnizadas y sangrientas lides,  
Triunfarán en desiertos y ciudades  
Los del Señor preclaros adalides:  
Azotes del error y las maldades,  
De la santa verdad nuevos Alcides,  
Opondrán el amor y mansedumbre  
Al furor de la torpe muchedumbre.

Y al cumplirse los tiempos, la semilla  
De los soldados del Señor plantada,  
Tal como el sol sobre los astros brilla,  
Lucirá al universo tremolada:  
Y la palabra de verdad, sencilla,  
Cual ley universal será acatada,  
Y en uno refundidos tantos nombres,  
A un solo Dios se humillarán los hombres.

Mas el hora sonó. — Los dulces ojos  
Fijó Miriam en la sublime esfera  
Sonriendo al dejar tantos enojos  
Que cercan esta vida pasajera:  
Y á medio abrir los bellos labios, rojos,  
Cual si en el seno del amor durmiera,  
Sin fuerza ni dolor voló su alma  
Á las regiones de perenne calma.

Entónces los sollozos reprimidos  
De aquel salón los ámbitos poblaron,  
Y de fúnebre canto los sonidos  
Trémulos en los aires se elevaron:  
Los ecos de Sion adormecidos  
Al rumor plañidero despertaron,  
Y sus candidas alas desapareciendo  
Fueron las graves notas repitiendo.

Cuando el próximo sol brilló en el cielo,  
En grande profusion preciadas gomas,  
Los fieles compitiendo en santo celo  
Llevaron y riquísimos aromas.  
Y cubierto el cadáver con un velo  
De finísimo lino, por las lomas  
Que de *Getsemani* cercan el llano  
Lento siguió el cortejo soberano.

Y llegando al lugar dó abierta estaba  
La mas afortunada sepultura,  
El lecho depusieron que encerraba  
Aquella flor de mística hermosura:

El astro vespertino iluminaba  
Con trémulo fulgor desde el altura  
La triste escena de dolor y luto,  
Del mas piadoso amor postrer tributo.

Y durante los tres primeros días  
Velaron los apóstoles constantes  
Del sepulcro en las márgenes sombrías,  
Con otros fieles de Jesús amantes:  
Y de noche las blandas armonías  
Repetían los ecos circunstantes,  
Que acompañado de sus sistros de oro  
Cantaba en el espacio el sumo coro.

Mas en el día cuarto, un elegido  
Que de un país tornaba muy lejano,  
Y era aquel que tocar osó atrevido  
De Jesús las heridas con su mano,  
Y por ver á Miriam era venido;  
Obedeciendo á impulso sobrehumano  
Rogó á los otros que la losa alzarán  
Y los amados restos le mostraran.

De su dolor movidos levantaron  
La losa, y con asombro descubrieron  
Que no estaba Miriam dó la dejaron,  
Y el sudario vacío solo vieron:  
Entónces en el polvo se postraron,  
Y las glorias de Dios enaltecieron,  
Que quiso sublimar á tanta altura  
Una mortal, terrestre criatura.

#### LA ASUNCION.

#### VIII.

Es una noche plácida  
Del abrasado estío (1);  
El viento calla indómito,  
Se aduerme el mar bravío,  
Y espira el blando céfiro  
Entre una y otra flor.

En las azules bóvedas  
De estrellas mil cercada,  
Su faz ostenta nítida  
La luna nacarada,  
El llano y la alta cúspide  
Bañando en su fulgor.

Mas del Empíreo súbitos  
Raudales se desprenden  
De viva luz: mil ráfagas

De fuego el aire hienden,  
Y alto cantar de júbilo  
Se oyó en aquel confin.

Moviendo al par las candidas  
Alas de nieve y oro,  
Cruza veloz la atmósfera  
Entero el sumo coro,  
Hacia el estrecho límite  
Del plácido jardín.

Ya llegan: la marmórea  
Losa que tanto encierra  
Alzan, los rostros fulgidos  
Humillan á la tierra,  
Ciegos al astro vívido  
Que osaron contemplar.

Mas el alado príncipe  
Que la falange impera  
Y que á la diestra ciérnese  
De Dios en la alta esfera,  
Bajo el mirar fulmíneo  
Pudo en la tumba entrar.

Como entre nubes diáfanas  
Y fajas purpurinas,  
Tras la borrasca lóbraga  
Y en tierras ya vecinas,  
Surge al cansado naufrago  
Del sol la rubia faz:

Así entre lienzos candidos  
Y delicadas flores,  
Bañado el rostro límpido  
De espléndidos fulgores  
La reina de las vírgenes  
Yace dormida en paz.

Entonce los arcángeles,  
Espíritus guerreros,  
Que cabe al trono altísimo  
De Dios, son los primeros,  
Y en cien batallas hórridas  
Vencieron á Luzbel,

Sobre sus alas rápidas  
Pusieron á María,  
Y con cantar melódico  
Por la region vacía  
Mas breves que el relámpago  
Vuelan á dó está Él.

#### IX.

¡El hijo de su amor, el cariñoso  
Amigo, el padre y el amante fiel;

1) La Virgen murió en la noche del 4 de agosto.

El que lloró perdido, tierno esposo,  
Á cuya planta el sol es escabel!

¡Á cuya voluntad generadora  
Del caos tenebroso y á la par,  
Lució en el cielo la primer aurora  
Y la tierra surgió del ancho mar!

¡Á cuya voz las roncadas tempestades  
Conturban los dormidos elementos;  
Y se abisman los montes y ciudades,  
Convertidos en polvo sus cimientos!

¡Ante cuyo saber la ciencia humana  
Es miseria y vacía oscuridad,  
Y á cuya omnipotencia soberana  
Solo igualan su amor y su bondad!

Allí la aguarda en medio á la cohorte  
De espíritus de luz innumerables,  
En medio de los grandes de su corte  
Y en el seno de goces perdurables.

Y allí su asiento cabe el alto asiento  
Estará del Supremo Emperador;  
Respirará el aliento de su aliento  
Y anegarás en su inefable amor.

Y casi igual al sumo poderío  
Por la misericordia y la piedad,  
Astro Miriam de amor, sereno y pio,  
Lucirá en la infinita eternidad.

## CORONA POÉTICA DE MVRÍA,

### EPILOGO.

#### I.

O tú, cuyo poder creó la luz del día,  
Inmenso manantial de amor y poesía  
Y santa inspiración;  
Un rayo de luz á mi anublada mente  
Envía, y tu vigor le presta omnipotente  
Al débil corazón:

¿Cómo, sinó, cantar en lenguas terrenales  
Profana inspiración y símiles mortales,  
La lumbre perenal;  
De aquella blanda luz que cabe á tí destella,  
Fuerte como el amor, cual la esperanza bella,  
Como la fé inmortal?

No es signo del poder que impera y que  
[castiga  
Y cuya fuerte voz á la obediencia obliga  
La torpe humana grey: [dona  
Símbolo del poder que ampara y que per-  
Su cedro es la piedad, de amor es su corona,  
La súplica su ley.

Fanal encantador, alumbra en lontananza  
Al mísero mortal cual sueño de esperanza  
Un plácido jardín;  
Dó cabe al Créador, las almas escogidas  
En goces vivirán inmensos sumergidas  
Y júbilo sin fin.

Dá pues, Sumo Señor, un rayo de tu lum-  
[bre,  
A mi razón mortal, porque á la escelsa cum-  
Pueda feliz volar; [bre  
Y á mi confusa voz la plácida armonía  
Que entonan al morir del astro rey del día  
El cielo y tierra y mar.

Su esplendorosa luz mi noche tenebrosa  
Inunde, y tu piedad quebrante poderosa  
Mi triste esclavitud;  
Que solo así alcanzar pudiera el ronco acento  
Que exhala el corazón en afanoso aliento  
A tanta escelsitud.

### MARÍA AMANTE.

#### II.

Nació Miriam á este mundo  
Tan perfecta y acabada,  
Así en las dotes del cuerpo  
Como en las prendas del alma,

Que no ya á los flacos seres  
De nuestras razas humanas,  
Allá en el celeste coro  
Pudiera servir de pauta.

Mas si en virtud y hermosa  
Y saber fué la mas alta,  
A ser en todo perfecta  
Fué en el amor estremada.

Amor, la ley poderosa  
Que entre sí encadena y ata  
Las partes del universo  
Mas distintas y apartadas.

Por la cual, sobre la tierra  
Brotan fecundas las plantas,

Mientras la plata y el oro  
Se funden en sus entrañas.

Por ella los mansos ríos  
A la mar llevan sus aguas,  
Y vuela el ave en el viento  
Y el pez en las ondas nada.

Y los mundos infinitos  
Que en medio al espacio vagan,  
Entorno al sol que su centro  
Amantes siguen su marcha.

Y desde el astro fecundo  
Que es de los cielos monarca,  
Hasta el granillo de arena  
Que se confunde en la playa:

No hay viviente criatura  
Ni átomo en la inanimada  
Materia, que no se humille  
A aquella ley soberana.

Amor es del poderío  
Supremo, inmensa palanca;  
Vida allá en la eterna altura,  
Y en la tierra vida y alma.

Por tanto la suma ciencia  
Dió á Miriam parte tan larga  
De la llama generosa  
Que de sí fecunda mana;

Que no ya la estirpe impura  
Enfermiza y limitada  
Del hombre; ni las eternas  
Nobilísimas sustancias,

Que ante su inmutable trono  
En su mismo ardor se inflaman,  
De amor en el puro fuego  
Pudieron nunca igualarla.

Que entre los ángeles mismos  
Prendió la simiente amarga  
Que dá por amargo fruto  
La ingratitud é inconstancia.

Así el arcángel maldito  
Ardiendo en soberbia ingrata,  
Arrostró las iras sumas  
En sacrílega batalla.

Mas al nacer la doncella  
De antemano señalada  
A ser feliz mediadora  
Entre Dios y nuestra raza:

Sobre su cándida frente  
De su amor y de su gracia  
Derramó las aguas puras  
La potencia soberana.

Y como á tan altas dichas  
Después de penas tan árduas  
Allá en su mente suprema  
Jehová la destinaba:

Como incontrastable escudo  
En las terribles batallas,  
Fé y amor inmensos dióla  
Y dióla inmensa esperanza.

Y el corazón defendido  
Con esta triple coraza,  
Dijole Dios: « ¡Nace al mundo,  
Y serás mi esposa amada! »

### MARÍA CREYENTE.

#### III.

Hija del amor querida,  
Generadora lumbrera  
Que guías al débil hombre  
De la vida en tinieblas:

Consuelo en el infortunio,  
Amparo en nuestra flaqueza,  
Fuego sacro desprendido  
De la omnipotente hoguera:

Virtud de las fuertes almas  
Que á la par de Dios sustentas  
La frágil, humana arcilla,  
En las mas terribles pruebas:

Sublime fé, que en el trono  
De Dios, cabe á Dios te asientas,  
Entre las altas virtudes  
La mayor y la primera.

Tú, que siempre en esta cárcel  
Humana viviste estrecha,  
Hallaste en Miriam un trono  
Mas grande que tu grandeza.

Que por profundos arcanos  
De la suma Omnipotencia  
Ella sin tí no sería,  
Ni existieras tú sin ella.

En anteriores edades  
Eras tú la luz incierta  
Que así ilumina el escollo  
Como la amiga ribera ;

La luz que al náufrago alumbra  
Al rugir de la tormenta,  
No de salvarse el camino,  
Sino el riesgo en que se encuentra.

Mas al nacer de MARÍA,  
Y existiendo al par con ella,  
Subiste á ser fé CRISTIANA  
De mentida que ántes eras.

Y desde entónces al mundo  
Que sin tí camina á ciegas,  
En el cielo, eterno faro,  
Alumbra la recta senda ;

Mostrándole en lontananza  
Allá en la region suprema,  
El plácido puerto, amigo,  
Dó hallarán fin sus miserias.

Por eso la casta virgen  
Que en sus entrañas maternas  
Llevó al que es la fuente pura  
De la virtud verdadera ;

Se abrasó en tu ardiente lumbre  
Con tan insigne creencia,  
Que ni un punto de su vida  
Vaciló su fortaleza.

Y fijos entrambos ojos  
Allá donde el Sumo impera,  
Al través de los dolores,  
Males y sustos que cercan

Al hombre, y que muy mas crudos  
Desgarraron su alma tierna,  
En proporcion que escedia  
La comun naturaleza :

Siguió impávida el camino,  
Si atormentada, serena ;  
Que en tus raudales bebía  
Mas que seráfica fuerza.

Y ora del hijo cercana  
Allá en la sublime esfera,  
Por dosel tiene su trono,  
Por alfombra las estrellas.

Y á los viajeros mortales  
Que arrastran sobre la tierra  
Llenos de pena y zozobras  
Su miserable existencia ;

Desde el lugar sublimado  
Que de Dios mismo á la diestra  
Ocupa, amante sonrie,  
De futura paz emblema.

Y nuestras tiernas plegarias  
Y nuestras amargas quejas,  
Por ella son recibidas  
Y presentadas por ella.

#### MARÍA ESPERANTE.

#### IV.

De ardiente amor y fé pura  
Emanacion altecida,  
Como los ángeles bella,  
Como los cielos divina :

Virtud que el Omnipotente  
Creó con una sonrisa  
Cuando sobre tantos mundos  
Sopló el fuego de la vida :

¡ Alma Esperanza ! del hombre  
Leal y constante amiga,  
Que de la cuna al sepulcro  
Su oscura noche iluminas ;

Poder que cuando las otras  
Fuerzas del alma se humillan,  
Ante el crudísimo embate  
Del dolor y la desdicha ;

Alza la cándida frente  
Que entónces fulgida brilla,  
Y al cansado caminante  
Sostiene á un tiempo y le guía.

Tal de las roncadas tormentas  
En medio á las crudas iras,  
El flaco arbusto se salva  
Cuando rota cae la encina.

Empero, hasta que del mundo  
Pisó la cárcel maldita,  
Aquella virgen escelsa  
Dó el sumo Sér se reclina :

No fué tu amorosa lumbre  
Sino vacilante chispa,  
Que al acaso entre tinieblas  
Brillaba y desaparecia.

En su puro amor se anega  
Y en su firme fé confia.

#### MARÍA DOLIENTE.

#### V.

¡ Dolor, dolor ! — Féreo yugo  
Que la mano poderosa  
De Dios impuso en la tierra  
Contra amor, placer y gloria ;

Poder de cuya existencia  
Lució la primer aurora  
Con el delito primero  
Que registran las historias.

Aquella primera falta  
Que en la mansion deleitosa  
Del perdido Eden, la madre  
De la gente humana toda,

Á instigacion cometiera  
De la serpiente engañosa,  
Cuya implacable malicia  
Aún nos atormenta ahora.

Crisol donde se aquilatan,  
Se depuran y valoran  
Las mas inclitas virtudes  
Que el humano pecho adornan :

De la fé sublime escuela,  
Contienda de amor heróica,  
Dó en proporcion del peligro  
Mas ilustre es la victoria :

Palenque dó la esperanza  
Se ejercita y desarrolla,  
Pues sin tu embate es inútil  
Su fuerza reparadora :

Contrapeso inevitable  
Que á domar nuestra orgullosa  
Naturaleza, dispuso  
La voluntad creadora ;

Poder en fin cuya fuerza  
Á tanto en la vida monta,  
Que sin estar adunadas  
Las tres virtudes gloriosas

Que son en el universo  
Imágen deslumbradora

Mas al posarte en el alma  
De la muger elegida  
A ser de la fé del cielo  
Primera sacerdotisa ;

Al complemento llegaste  
De tu esencia enaltecida, ¡  
Que ella de tí fué en la tierra  
Encarnacion peregrina.

Como tú, virgen y pura,  
Casta como tú y sumisa.  
Como tú hermosa y modesta,  
Fuerte como tú y benigna.

Y como aquella columna  
Que allá en la arena intranquila  
Del desierto, iluminaba  
Á la nacion escogida ;

Que opaca en las claras horas  
Del sol, en la noche umbría  
Inmensa faja de fuego  
La marcha trazaba escrita :

Así tú al mísero humano,  
Fanal perenne, encaminas,  
Al través de este desierto  
Borrascoso de la vida ;

Mas nunca desde la aurora  
Primera que purpurina  
Anunció al vasto universo  
Del primer sol la venida,

¡ Animara humano pecho  
Tu llama plácida y viva  
Con fulgor tan generoso !  
Como el pecho de MARÍA !

Que nunca hubo criatura  
Á quien fueran prometidas,  
Al través de tantos males,  
Venturas tan inauditas.

Flaca muger, engendada  
De carne mortal, que un día  
Debe ser madre dichosa  
De un Dios ; pudibunda inclina

La frente, y á los dolores  
Inmensos, como á las dichas  
Que el mismo Dios le promete,  
Valerosa se resigna.

Y esperando el cumplimiento  
De las promesas divinas,

\*\*\*